



CAPÍTULO VII

(1815)

Continuación de los hechos de armas más brillantes sostenidos por los realistas en este año, entre los que se distinguen la expedición concertada por el coronel Itúrbide contra la Junta rebelde situada en Ario.—Mejora de los ramos de pública administración.—Nuevos refuerzos recibidos de la Península.—Feliz y arriesgada expedición del teniente coronel D Carlos María Llorente sobre Misantla.—Derrota del licenciado Rosains por Guadalupe Victoria.—Terribles discordias entre los principales caudillos insurgentes.—Prisión del feroz Morelos y destrucción de sus gavillas.—Progresos de la opinión á favor del Rey á consecuencia de tan importante suceso.—Muerte de aquel formidable enemigo en 21 de Diciembre, en cuyo día se concedió un indulto general.—Nuevos esfuerzos de los rebeldes para restablecer el Congreso, á cuya cabeza fué colocado el insurgente Terán.—Estado del virreinato de Méjico á fines de 1815.

Aunque en este año cedió considerablemente el espíritu de sedición, no por eso dejaron de darse tan sangrientos y repetidos combates, que la relación minuciosa de ellos sería tan pesada como poco necesaria; nos ceñiremos, por lo tanto, á indicar los más importantes. Los de esta clase, pertenecientes al mes de Enero, fueron los que concertó el comandante D. Luis del Aguila contra 900 insurgentes de caballería situados en la Antigua, provincia de Veracruz, en donde fueron completamente batidos con pérdida muy considerable, habiendo sido de la

mayor entidad la del cabecilla Viviano, segundo de Guadalupe Victoria.

Fué todavía de más lustre y esplendor el resultado de los acertados planes que el coronel Itúrbide había combinado con tropas de Apasco, Chamacuero, Celaya, Salamanca, Silao y Guanajuato contra las partidas rebeldes que se hallaban por aquel distrito. Parecía que de este golpe de astucia y arrojo no debía salvarse ninguno de los protervos: ¡con tanto esmero habían sido tomados todos los caminos y guarnecidos veintisiete puntos en la prolongación de diez y nueve leguas, y con tanta celeridad habían desempeñado todas las columnas los movimientos que se les habían confiado para cortar al enemigo todos los pasos!

Aunque el bizarro jefe que dirigió esta operación la vió ejecutada con felicidad, no quedó, sin embargo, satisfecho cuando supo que algunos de los principales caudillos que componían el fantástico Congreso se habían sustraído á la muerte.

Halló, sin embargo, los medios de templar su sentimiento al tender la vista sobre 800 facciosos que habían sido presa de aquella cacería guerrera, y cuando vió en su poder un obús, un cañón, algunas armas de fuego, dos costales de pólvora y unos 200 caballos.

Tuvo la satisfacción asimismo de contar entre los prisioneros á José Fulgencio Rosales, comandante general de los partidos del valle de Satiago, Salamanca, Santa Cruz y Celaya, al brigadier José Miguel Sainez, á los coroneles Andrés Lazcano y Juan Mata, á los tesoreros, al asistente del vocal Liceaga y á una porción de eclesiásticos y empleados en aquel quimérico gobierno.

El coronel de Lobera D. José Joaquín Márquez y Donallo, perteneciente al ejército del Sur, ganó una acción sumamente gloriosa en Huamantla contra los cabecillas Rosario, Ojeda, Velasco, Terán, Andrade, Sesma, Machorro, Benavides, Correa y otros que habían llegado á formar una reunión de 900 caballos y 400 infantes. Doscientos

tos muertos, otros tantos heridos, 14 prisioneros, 4 cañones, más de 100 fusiles y una porción considerable de pertrechos de guerra fueron los blasones con que ennobleció el escudo de sus armas el bizarro jefe realista, sin más pérdida por su parte que la de dos muertos y 25 heridos.

Entre las operaciones más notables del mes de Febrero merece ocupar un lugar en la historia la defensa que hizo el capitán D. José de Barachina en el pueblo de Acámbaro contra 800 rebeldes bien armados, que al mando de los cabecillas Torres, Obregón, Saucedo, El Jiro y Flores se lanzaron con tanto furor como confianza contra aquella débil guarnición. Ya habían logrado apoderarse de algunas casas y amenazaban la total ruina de la población, cuando una impetuosa salida de los realistas hizo variar totalmente la escena.

Al ver los facciosos la desesperación con que peleaban las tropas del Rey y los daños que sufrían por el bien dirigido fuego de las mismas, se retiraron precipitadamente con la baja de unos 100 hombres que fueron puestos fuera de combate, sin que la pérdida de los realistas excediera de 22 muertos y de algunos heridos. El comandante D. José Brilanti, correspondiente á la división del brigadier D. Diego García Conde, sostuvo un choque feliz en la hacienda de los Ranchos de la sierra de Comanja contra la gavilla de Morelos, causándole la pérdida de 50 muertos, 17 prisioneros, algunos caballos y armas de fuego.

Entre los hechos de armas que más brillaron en el mes de Marzo debe hacerse mención honorífica de la expedición del comandante D. Luis del Aguila, ejecutada entre inmensas gavillas, capitaneadas por el comandante Guadalupe Victoria, que se habían empeñado en obstruirle el paso. Aunque los rebeldes jamás se presentaron en campo abierto y sí sólo desde sus emboscadas y ventajosas posiciones, fueron, sin embargo, escarmentados en varias de sus correrías, en las que tuvieron bajas de la mayor consideración.

No fueron tan afortunadas las armas realistas en el ataque que dieron al fortificado cerro de Cópore, del que hubieron de desistir al ver la tenaz resistencia de los sitiados y su favorable posición para sostenerse.

Si bien este choque puso fuera de combate á más de cien individuos de la división del brigadier D. Ciriaco de Llanos, se ejecutaron en él sin embargo tales rasgos de bizarría y arrojo, que se aumentó el catálogo de los brillantes servicios de aquellas tropas, haciéndose acreedoras á los mayores elogios á pesar del malogro de sus tentativas.

A los pocos días de haberse retirado del cerro de Cópore el teniente coronel D. Matías de Aguirre, que fué uno de los que más se distinguieron en aquel ataque, tuvo nueva ocasión de ejercitar la valentía de sus tropas atacando en el puerto de las Milpillas á las gavillas del coronel Menchaca y á las del famoso Rayón, las que pudieron sustraerse á la furia de los realistas con una vergonzosa fuga, abandonando por el rumbo del Oro 250 caballos, que no pudieron internar á causa de las malezas y escabrosidad del camino que tomaron para hallar un asilo en su desgracia.

Las tropas del brigadier D. José Gabriel de Armijo obtuvieron repetidos triunfos contra las gavillas insurgentes en sus trincheras de Playa Grande, distrito de Petatlan, hacia la parte del Sur, de las que fueron desalojadas con la pérdida de cerca de 200 hombres, tres cañones de á cuatro, varios fusiles, porción considerable de municiones y otros pertrechos de guerra. Los prófugos de esta refriega fueron alcanzados á su continuación en el paraje de Pautla por el ayudante D. Cristóbal Huber, que acabó de exterminarlos.

Otro de los combates más reñidos que se recuerdan en esta época fué el que sostuvo el capitán D. José Vicente Robles con solos 80 infantes y un corto destacamento de caballería contra las gavillas de Guerrero y Herrera, que con triplicada fuerza se habían arrojado sobre

los realistas en el campo de Tlalistaquilla, distrito de Tlapa, después de haberles degollado varios de sus centinelas; el primer ataque del enemigo fué tan brusco é impetuoso que quedó arrollada la infantería, cercado el mismo Robles y obligado á saltar por una barranca con un oficial y siete soldados, para salvarse del furor de los facciosos.

Empero fué tan decidida la resistencia de aquellos valientes en medio de sus contrastes y reveses, que si bien hubieron de retirarse con los mayores riesgos y no pocos quebrantos, acreditaron en repetidos encuentros su denodado espíritu, y dieron á los rebeldes una terrible lección de lo que puede el entusiasmo y la fidelidad. Más de 50 cadáveres que se hallaron en el campo, sin contar los muchos heridos que fueron ocultados, según indicaban los rastros de sangre que se hallaron en varias direcciones, acibararon á los facciosos el placer de su decantada victoria.

Entre las acciones más ilustres ocurridas en el mes de Abril debe contarse la obstinada defensa que hizo la guarnición de Chamacuero á pesar de haber sido sorprendida por 300 rebeldes introducidos por traición del cabo Rodríguez, de quienes fué primera víctima el comandante de aquel punto D. Antonio Ormachea; pero el que le reemplazó en el mando, D. Isidro Granda, salvó el honor de las armas españolas, rechazando, con el apoyo eficaz de sus valientes soldados, al orgulloso enemigo, y obligándole á retirarse con gran pérdida de muertos y heridos.

El gobernador de Tlascala, D. Agustín González del Campillo, se vió atacado de improviso por las gavillas de Inclán, Cortés, Rojano, Montes, el Campanero y otros cabecillas hasta el número de 700 hombres: el decidido empeño de apoderarse de aquella población fué inferior al de la resistencia. Aunque los facciosos habían tomado posesión de algunas casas, y que iban taladrando otras para introducir el desaliento en aquella débil guarnición,

desplegó ésta sin embargo todos los esfuerzos de su brazo, al que sucumbieron 80 rebeldes entre muertos, heridos y prisioneros, y los restantes se vieron precisados, con tan inesperado contraste, á ocultar su vergüenza con la fuga.

El comandante D. Ignacio Ocampo, dependiente de la división del brigadier D. José Gabriel de Armijo, sostuvo un combate de los más sangrientos y gloriosos en el pueblo de San Cristóbal, inmediato á Ajuchitlan, con 300 hombres escasos contra 1.500 caballos capitaneados por los cabecillas Fravo, Gaieana, Lizalde, Campos, Ochoa, Mora y Arines. Engreidos con la inmensa superioridad numérica y con la buena calidad de sus tropas daban por segura la victoria; pero los realistas, acostumbrados á superar con su heroísmo toda clase de obstáculos y tropiezos, no se desconcertaron con este imponente aparato, y en su vez se prepararon con el más denodado espíritu á salvar su sólida reputación á costa de los mayores sacrificios.

Cuatro horas duró este reñido combate en que cada cual empleó por su parte cuantos esfuerzos sugiere el más ardiente entusiasmo; mas una terrible carga que dió con su caballería el capitán D. José Joaquín de la Rosa Goicoa acabó de fijar la fortuna en las filas realistas. Trescientos cadáveres, muchos heridos, 36 prisioneros, dos cañones de grueso calibre, inmensa porción de armas y caballos, y el total desorden y vergonzosa dispersión de los insurgentes fueron el fruto de su temeridad.

Como pertenecientes al mes de Mayo se hallaban varias acciones consignadas en irrefragables testimonios que elevan al más alto grado el mérito de las tropas realistas en esta sangrienta y porfiada campaña: una de ellas fué la bizarra defensa del pueblo de Acatzingo hecha por su comandaute D. José de Porras: despreciando con indignación este valiente oficial la intimación de rendirse que le había dirigido el cabecilla Terán, puesto al frente de 800 infantes con tres piezas de artillería, se dió principio

al ataque con el mayor ardor por ambas partes; mas viendo los rebeldes el poco fruto que sacaban de su terco empeño desistieron de él, y se retiraron con la baja de 100 hombres entre muertos y heridos, contándose entre los primeros el cabecilla Villasanz.

Fué todavía más importante la que ganó el coronel comandante de la sección de Tula, D. Cristóbal Ordóñez, contra una reunión de 1.200 facciosos, procedentes de Cóporo y Zitácuaro, al mando de Ramón y Francisco Rayón, Epitacio, Pascasio y Cañas; habiendo hecho una atrevida salida de Jilotepec el citado Ordóñez, logró desordenar la línea enemiga después de media hora de vivísimo fuego; y cargando entonces á la bayoneta obtuvo un triunfo completo, apoderándose de 120 prisioneros, de una gran cantidad de fusiles, así como de un cañón, un obús y otras varias armas y pertrechos de guerra, y de un campo cubierto de más de 160 cadáveres, entre ellos varios de sus cabecillas.

Merece particulares elogios la bizarra defensa que hizo el comandante de Teloloapan, D. Marcial de Arechaba, con sólo 80 hombres contra 600 rebeldes de caballería é infantería perfectamente armados, que al mando de los cabecillas Bravo, Galeana, Ursua, Pablo Ocampo, Pedro Talavera y otros se arrojaron inesperadamente y con la mayor furia sobre aquella débil guarnición.

Su ruina estaba decretada, y no parecía posible evitarla; mas fué tal la bizarría y decisión de este puñado de valientes, que recibiendo con sonrisa la muerte, más bien que rendirse á aquellas hordas desenfrenadas, supieron fijar á su lado la inconstante fortuna. En el cálculo más osado no cabía esperanza alguna de la victoria; los realistas sin embargo la obtuvieron rechazando tres ataques encarnizados, hasta que cansados finalmente los rebeldes, y desconfiando de debilitar el terco valor de sus contrarios, emprendieron la retirada á las nueve horas de haber roto el fuego, dejándose en el campo 40 muertos y una parte de los 100 hombres que salieron heridos de

aquella refriega, habiendo sido muy corta la pérdida de los bravos defensores de Teloloapan.

Era de la mayor importancia sorprender la Junta rebelde situada en Ario para destruir de una vez á aquella fragua de patrañas y seducción: el infatigable Itúrbide, que tantas veces había señalado su bizarria y decisión por los derechos del Rey, quiso agregar al catálogo de sus servicios éste que debía ser superior á todos los anteriores.

Tomadas las providencias más acertadas al objeto, hizo catorce jornadas de diez y aun de veinte leguas, sin más que un día de descanso para las valientes tropas, á las que sabía entusiasmar con su ejemplo.

Los méritos contraídos por esta división en tamaña empresa no admiten comparación: no podía ciertamente verificarse la sorpresa sin superar todos los obstáculos de una marcha rápida y penosa y de caminos impracticables por sus malezas, escabrosidades y barrancas.

Todo, sin embargo, estaba vencido, y el día 5 del mes de Mayo debía haber caído, á la madrugada, sobre los desprevenidos individuos del quimérico gobierno, cuando un inocente extravío, ocurrido en la noche anterior al franquear un monte espesísimo, frustró los planes combinados con el mayor acierto, y ejecutados, hasta entonces, con toda felicidad.

No habiendo podido llegar á dar el golpe en dicho día 5, fué preciso diferirlo hasta el siguiente.

Los rebeldes no habian tenido aviso alguno del movimiento de Itúrbide hasta el mismo día designado para la sorpresa, la que se habría verificado sin el indicado tropiezo, dejando envueltos en sus mismas ruinas á todos aquellos genios maléficos, instigadores principales de la guerra civil. Si bien no tuvo esta expedición el éxito feliz que se habían prometido, merecieron, sin embargo, todos los individuos que la componían los mayores elogios del virrey Calleja, por el esmero con que concurrieron al desempeño de tan importante y penoso servicio.

Conociendo dicho general los malos efectos que de-

bían producir en muchos ilusos de aquel reino los incendiarios papeles que salían de las prensas de Apatzingan y Taretan, por influjo del llamado Congreso mexicano, hizo publicar un bando, en el que probaba evidentemente la traición y rebeldía de aquellos hombres inmorales, reunidos sin ninguna clase de poderes de los pueblos, y mucho menos sin las facultades del soberano legítimo, que, restablecido felizmente al trono de sus mayores, estaba en el pleno ejercicio de su dominio sobre la América española.

Proscribió á su consecuencia del modo más terminante la circulación de dichos impresos, y declaró por traidores á todos los que abrazasen tan execrables máximas. El cabildo eclesiástico y gobernador en sede vacante dió una pastoral, no menos enérgica, para atraer al sendero de la virtud y de la obediencia á todos los descarriados por tan infames teorías. Los pueblos se apresuraron á desmentir, con actas públicas y solemnes, la atrevida usurpación de sus poderes por los titulados vocales de la Junta de la nación.

Parecía que estos auténticos documentos, que expresaban la verdadera voluntad de los mexicanos, deberían haber derribado el prestigio que habían principiado á adquirir en algunos puntos aquellos genios de la discordia; pero su terquedad y animoso empeño no cedía á los dictados de la razón y de la justicia; así, pues, los veremos, aunque errantes y proscriptos, perseverar en su desleal partido, hasta que el curso del tiempo y los repetidos esfuerzos de las tropas realistas hicieron desaparecer aquel simulacro de ilegítimo gobierno, ó más bien de deslealtad y protervia.

En medio de estos contrastes se observaba, sin embargo, una notable mejora en todos los ramos de la administración, cuyo estado, si no era tan pujante como el que ofrecía el país antes de la revolución, superaba de mucho al de los años de 1811 y 1812; en este último se habían acuñado en la Real Casa de Moneda 4.409.266 pesos, y

en el 14 había tenido un aumento de 3.214.939. La aduana, en dicho año de 1812, tan sólo había producido 1.091.123, y en el 14 se notó el aumento de 910.768; el de 1815 presentaba todas las apariencias de ser sus resultados más brillantes.

La energía desplegada por el gobierno para cortar de raíz el genio del mal, hacía esperar un rápido cambio en la opinión y que fuera calmando el furor revolucionario con el escarmiento de los principales corifeos y con el desengaño de las masas alucinadas. Se aumentaron todavía las esperanzas de los buenos luego que supieron la llegada á Veracruz, á mediados de Junio, del brigadier don Fernando Miyares, con 2.000 soldados españoles.

Este importante auxilio, al paso que servía para reforzar las columnas realistas, infundía nuevo aliento á las mismas, presentándose como un expresivo testimonio de la paternal solicitud del Monarca español y de la decidida atención que prestaba á aquellos sus dominios. Ya desde entonces se hicieron más dulces las fatigas de la guerra para todos los empleados en ella, al observar que sus esfuerzos y padecimientos merecían la singular protección del Soberano, por cuyo benéfico influjo habian de tener una pronta terminación, y sus servicios la debida recompensa.

A estas poderosas consideraciones se debieron los ilustres triunfos ganados sucesivamente por los realistas, mereciendo particular mención la bizarra defensa hecha en el mes de Junio por el comandante de Apulco D. Rafael Durán, contra 900 rebeldes de la gavilla de Zacatlan, Huauchinango y Sierra Baja, á las que obligó á retirarse después de haberles puesto 125 hombres fuera de combate.

Es también digna de honorífico recuerdo la feliz expedición de D. Cristóbal de Huber y Franco, correspondiente á la división de D. Gabriel Armijo, cuyo bizarro oficial tuvo varios encuentros con los insurgentes, aprehendió algunos de sus cabecillas, entre ellos á Mon-

toro, Julián Gutiérrez y Sota, mató á otros, les tomó 32 prisioneros, porción de armas y municiones.

No fué menos feliz otra expedición emprendida á este mismo tiempo por el teniente coronel D. Domingo Clavirino, dependiente del ejército del Norte: puesto este valiente jefe al frente de su división, compuesta de 450 hombres y dos piezas de á cuatro, recorrió la serranía de Tacámbaro, haciendas de la Loma, Chupin, Pedernales, cercanías de Puruarán, pueblo de Ario, Araparacuaro, Taretan, Tomendan, Santa Clara, Chearan, Nahuatcin y Páztcuaro, en persecución de las fuerzas que defendían la Junta revolucionaria, mandadas por varios cabecillas, entre los que se distinguían el P. Carbajal, Cervantes, Vargas, Sánchez, Vedoya, Flores, Cos y Lailson.

Tuvo con ellos varios encuentros constantemente felices y regresó á Valladolid á los cuarenta y dos días de penosas marchas, habiendo causado al enemigo considerables quebrantos con sus frecuentes sorpresas, sin más pérdida por su parte que la de cuatro dragones muertos y seis extraviados.

A este mismo tiempo brilló el distinguido mérito del teniente coronel D. Antonio Flon en tres ataques consecutivos que tuvo en el pueblo de Acatlán contra más de 1.000 rebeldes mandados por los cabecillas Sesma, Guerrero, Alarcón y Andrade: con su corto destacamento de menos de 100 hombres resistió el bizarro Flon las impetuosas cargas de aquella facción desorganizadora, la que cubierta de mengua y desdoro hubo de abandonar el campo sembrado de más de 200 cadáveres, sin que la pérdida de los realistas excediera de 10 muertos y 12 heridos.

El capitán D. Juan de Ateaga se defendió vigorosamente en Tetela, provincia de Veracruz, contra 1.000 facciosos capitaneados por Osorno, Inclán y otros cabecillas, cuyos vigorosos ataques rechazó con bizarría, causándoles la pérdida de 30 muertos y de un número mayor de heridos.

Por la parte de Guadalajara se distinguían asimismo las columnas ambulantes, y en particular la del capitán D. José Valleno, quien en varios encuentros que tuvo con los rebeldes de Tamasula, les tomó más de 200 prisioneros, les causó un quebranto considerable en muertos y heridos y se apoderó de mucho ganado, caballos, armas y otros efectos.

Entre las acciones que más brillaron en el mes de Julio merece ocupar un lugar distinguido la expedición del teniente coronel D. Eugenio Villasana, comandante de la sección de Teloloapan, quien tuvo varios choques con las gavillas de Galeana, Ocampo y Bravo, y el más importante, en la hacienda de San Juan á las cercanías de Tlachapa, en donde fué batida completamente la división del brigadier Lobato, dejando 45 muertos y 13 prisioneros en el campo de batalla.

El teniente coronel D. Carlos María Llorente se cubrió de gloria en la expedición que emprendió sobre Misantla: con solos 412 hombres anduvo 45 leguas de país el más escabroso del reino, y que por el espacio de cuatro años había estado ocupado por los rebeldes.

Entre los 1.000 que defendían este territorio había 300 milicianos, cuyos conocimientos y práctica de aquella impenetrable serranía parece debían frustrar cualquier ataque concertado contra ellos. Llorente, sin embargo, la recorrió en todas direcciones, les dió varios golpes y les convenció finalmente de que no hay obstáculo que detenga la bravura de los realistas cuando se trata de sellar la fidelidad á su Monarca legítimo. Esta expedición, que fué la primera por aquel rumbo desde que principió la guerra civil, fué ejecutada felizmente y sin más pérdida por parte de la división de Llorente que la de 17 muertos y 31 heridos.

Otro de los hechos gloriosos que más brillaron en esta época fué el terrible golpe que el esforzado Orrantia dió en el rincón de Ortega á las gavillas de Rojas, Encarnación Ortiz, Rosales y Moreno, que ascendían al número

de 1.400 hombres. La muerte de 300 de éstos, la prisión de 30, la pérdida de un cañón y de 200 armas de fuego fueron el fruto de tan importante jornada, con cuyos trofeos, ganados sin más pérdida que la de 10 muertos y 30 heridos, quiso la fortuna premiar la bizarría del benemérito comandante, bien conocido en aquel teatro de sacrificios y victorias.

Uno de los sucesos más notables del mes de Agosto fué la derrota del licenciado Rosains en las inmediaciones de Coscomatepec por su rival Guadalupe Victoria, y su fuga hacia la sierra de San Antonio de Arriba, con cuyo rápido movimiento había evitado el alcance del teniente coronel D. José Morán, que había tratado de sorprenderle en San Andrés ó en Tecolo.

Entre los hechos de armas más ilustres de esta época son dignos de honorífica mención los que tuvieron las tropas del comandante de Tulancingo, teniente coronel D. Francisco de Las Piedras, en los pueblos de Huauchinango, San Pedrito, Apulco y Tulancingo, en los que perdieron los rebeldes 133 muertos, 12 prisioneros que fueron pasados por las armas, 128 fusiles, 54 lanzas, 40 machetes, un cañón, una caja de guerra y 2.000 cartuchos: en estos empeñados encuentros se cubrieron de gloria, no sólo el teniente coronel Las Piedras, sino los comandantes de las varias columnas, D. Rafael Durán, D. José María Lubián, D. Rafael Asiain y el alférez don Rafael Ricaño, así como cuantos oficiales y soldados tuvieron ocasión de desplegar su esfuerzo y bizarría.

El comandante general de las Villas, brigadier D. Fernando Miyares, se hizo altamente recomendable por su bien dirigida expedición desde Jalapa á Veracruz, batiendo en repetidos lances á todos los rebeldes de Tierra Caliente, que al mando de Guadalupe Victoria habían salido á interceptarle el paso y á apoderarse del rico convoy que escoltaba.

Fué asimismo importante el ataque que el capitán don Pedro de la Sierra, perteneciente á la división de Que-

rétaro, dió en las cercanías de Cadereita á 800 insurgentes, que favorecidos por el terreno y por sus buenos espías habían tratado de envolver á los 180 hombres de que se componía la columna realista y daban ya por segura la victoria; pero se debió á la bizarria de nuestras tropas que huyeran los facciosos desordenadamente, dejando 40 de ellos tendidos en el campo.

Como pertenecientes al mes de Septiembre deben citarse las gloriosas acciones del capitán D. Ramón Galinsoga, correspondiente á la comandancia general de los llanos de Apan, contra las gavillas de Espinosa, Inclán y Serrano, á las que batió constantemente, causándoles pérdidas de consideración; y la feliz sorpresa que el ya citado Orrantia hizo en el pueblo de Dolores sobre la gavilla de Encarnación Ortiz, compuesta de 350 caballos, quedando todos en su poder con sus sillas y armas, así como 40 facciosos muertos en la fuga, y pasados por las armas otros 53 que cayeron en las manos de los realistas; habiéndose podido substraer á la muerte el principal caudillo sobre un caballo en pelo, y los demás valiéndose de la misma confusión y desorden.

Este fué el momento de mayor agitación entre los rebeldes: el Dr. Cos, Rosains, Rayón, Navarrete, Morelos, Sánchez, Arriola y demás cabecillas se perseguían recíprocamente y sin piedad: huían unos desengañados de sus fatales errores á acogerse al generoso indulto de las autoridades españolas, y entre ellos el licenciado Rosains, D. José Guevara, y otra porción de antiguos insurgentes, los que lograron salir con las tropas reales á dar pruebas de su decisión por la justa causa, que ofrecían sostener con todo empeño, á fin de borrar la mengua de su antigua conducta: otros fueron víctimas de sus mismas discordias; y los demás cayeron gradualmente en poder del ejército del Rey.

Esta última suerte cupo al contumaz Morelos, quien amenazando abandonar la serranía con varias partidas que había reunido en Huétamo, ofreció una brillante

ocasión al teniente coronel D. Manuel de la Concha de hacer ilustre su nombre.

Como las primeras noticias que hubieran circulado acerca de este indomable insurgente indicasen que sus correrías tenían por objeto descolgarse por el rumbo de los Laureles ó el valle de Temascaltepec para internarse en las provincias de Puebla y Oajaca, atravesando los cerros de Apisco y Juchimilco, contiguos á la capital de México, ó bien cruzando por entre Tasco y Cuernavaca, dió orden el celoso virrey al referido Concha, que se hallaba mandando una división en el territorio de Toluca, para que se dirigiese sin dilación al indicado punto de Temascaltepec.

Ejecutado con puntualidad este movimiento, y reforzado Concha con 250 hombres, con los que llegó á completar una fuerza de 600, procedió á la orilla del Mexcala, dando por más segura la dirección de aquel caudillo sobre este punto, como que tenía en él mayor práctica é influjo, y menos obstáculos y tropiezos, que por el territorio de Ixtlahuaca. El teniente coronel D. Eugenio Villasana, comandante de una sección situada en Teloloapan, debía secundar los movimientos de esta expedición obrando en perfecta armonía con el jefe principal de ella.

La derrota sufrida á este tiempo al pie de Valladolid por las gavillas que se encontraron con el teniente coronel D. Domingo Clavarino confirmó el concepto de que Morelos seguiría el Mexcala para caer sobre Tehuacan. A fin de asegurar el territorio que antes cubría Concha, se mandó situar al teniente coronel D. Matías Aguirre con su columna en San Felipe del Obraje, y fueron puestas en movimiento las guarniciones del valle de Toluca, de Chalco, Cuautla, Cuernavaca y toda la línea al SO. de la capital. Como cuerpo de reserva se mandó tomar posición en Chalco á la división de Apan, para que acudiese al punto más necesario si Morelos por una marcha imprevista eludía el encuentro de Concha y Villasana. El virrey,

cuya vigilancia se extendía á todos puntos, mandó que otra división de las tropas del ejército del Sur partiese desde Huajuapán á reforzar el puesto de Tlapa, amenazado por varias gavillas, con cuya disposición el coronel Armijo, comandante general del rumbo de Acapulco, podía retroceder hacia Tixtla á fin de proteger un rico cargamento venido de la China, cuyo robo era de recelar fuese también uno de los objetos de Morelos.

Este complicado plan fué ejecutado con tanta felicidad y acierto, que los rebeldes se hallaron envueltos entre las fuerzas del citado Armijo, de Concha y Villasana. Acordada por estos dos últimos la final persecución de aquel formidable enemigo, no pudieron descubrir su retaguardia hasta la mañana del día 5 de Noviembre desde el pueblo de Temalaca: apoderados los rebeldes de la cumbre inmediata, aparentaron una resistencia que sólo duró hasta que los realistas se dirigieron sobre ella.

Replegándose á otras lomas no muy distantes, en las que se había situado su caudillo, y formándose en tres trozos mandados por él mismo y por los brigadieres Bravo y Lobato, afectaron una confianza que no podían tener en sí mismos, é hicieron ver á los realistas la necesidad de desplegar su acostumbrado arrojo é ingenio para destruir de un golpe al genio errante de la revolución.

No podía ofrecerse á estos valientes una perspectiva más agradable; había llegado el momento tan apetecido de poder venir á las manos con sus enemigos, que al favor de sus conocimientos topográficos y de su práctica en la guerra de montaña, habían burlado de continuo sus operaciones más bien combinadas. La existencia de aquellas gavillas se debía á la presteza de sus retiradas; era, pues, seguro el triunfo el día en que, perdiendo su criminal cordura, se atreviesen á esperar á pie firme á los que no tenían más deseos que los de medir sus victoriosas armas.

Tomadas por el comandante Concha las disposiciones del ataque, lo emprendió á las once de la mañana con

tal viveza, que adelantándose el bizarro capitán Gómez sin reparar en las dificultades que presentaba el terreno, se pusieron en precipitada fuga casi á un mismo tiempo las tres divisiones indicadas, contra las que se lanzaron los esforzados realistas que habían jurado su total exterminio.

Morelos, con uno de los pelotones principales de los dispersos, había tomado la dirección del gran cerro contiguo á la loma de su formación, sobre cuya cima pensaba hacerse fuerte con un cañón que había podido salvar de la refriega; pero tomado éste á mitad de la cuesta por la valiente caballería contraria, y acuchillada sin piedad aquella fuerza, fué aprehendido finalmente el prófugo Morelos en una de las cañadas, por el teniente de realistas de Tepecuacuilco, D. Matías Carranco.

Los últimos restos de los facciosos, sacando fuerzas de su misma desesperación, se formaron en una de las barrancas inmediatas al camino real de Coesala, para ofrecer nuevos laureles á sus implacables perseguidores; la pérdida de los rebeldes no bajó de 300 hombres, inclusive 30 prisioneros, que fueron fusilados en Atenango.

Tan sólo se sustrajeron á la muerte los que tomaron la fuga con mucha anticipación. Dos cañones con todas sus municiones, porción considerable de armas de chispa y corte, todo el equipaje de Morelos y de los cabecillas que lo acompañaban, y, finalmente, cuanto existía en su campo, contribuyeron á ilustrar el triunfo de aquella jornada. Morelos y su capellán mayor, Morales, fueron asegurados en estrechas prisiones para sacar de tan feliz detención todo el partido que proporcionaban las circunstancias.

Los buenos oyeron con placer tan fausta noticia, y se entregaron á las más lisonjeras esperanzas de ver terminada prontamente la revolución, faltando el genio inquieto que la fomentaba; los amantes de la independencia se esforzaban en desmentir aquellos sucesos, hasta que, desengañados por la misma comparecencia de aquel ídolo de su culto, quedaron sumidos en la más profunda triste-

za, y llenos de la más viva aprensión de que entre los papeles que le habían sido ocupados se hallasen indicios de complicidad. Temblaban, sobre todo, los disidentes establecidos en la capital, que conocían las dificultades de alucinar á un jefe tan experto y astuto, en cuya sutil penetración se estrellaban todas las asechanzas y artificiosos manejos de la intriga.

Cuando esperaban una providencia de rigor y proscripción, que no dudaban tendría efecto en el mismo día 21 de Diciembre, en que fué fusilado el citado Morelos, después de haber confesado sus horrendos crímenes, é implorado por ellos humildemente la misericordia divina (1), se dió en su vez un indulto generoso que, dando

(1) Aunque por no faltar á la verdad histórica haya sido preciso hacer mención de algunos eclesiásticos extraviados momentáneamente de la senda de la fidelidad y de la virtud, tenemos la satisfacción de observar que su número ha sido infinitamente menor, según hemos indicado en otro lugar, que el de los dignos ministros del altar; la mayor parte de aquéllos se lanzaron en la revolución por una falsa idea de que iban á defender al Monarca legítimo contra las miras ambiciosas de Napoleón; otros adoptaron la desleal divisa porque se figuraron que los pueblos de América habían de ser más felices gobernándose por sí mismos; pero los más han abjurado públicamente sus errores, y todos detestan en la actualidad al inmoral é irreligioso Gobierno insurgente, que tan funesto ha sido á la verdadera creencia. Convencidos, pues, de que sólo bajo el benéfico influjo del Soberano español puede la Religión conservar todo su lustre y esplendor, ansian por que llegue el dichoso momento en que se imponga el debido freno al vicio y á la impiedad.

No debe, por lo tanto, sufrir el menor desdoro la benemérita y respetable clase de los individuos dedicados al sacerdocio: uno, dos ó más casos de excepción á la regla general, no podrán jamás rebajar el alto concepto á que se han hecho acreedores por sus ejemplares virtudes, y por su celo verdaderamente apostólico, así como tampoco refluyó sobre el santo carácter de los discípulos de nuestro Divino Redentor la perversa conducta de uno de sus miembros. Nos ha parecido conveniente dar estas aclaraciones para evitar toda siniestra interpretación de parte de los que, no estando bien arraigados en la fe, pretendan valerse de estos hechos aislados para deprimir á esta distinguida clase, que forma el principal objeto de nuestro respeto y veneración.

nuevo lustre á las virtudes del jefe superior, llenó de confusión y vergüenza á los que, siguiendo el errado camino de la seducción y del vicio, llegaron á conocer finalmente la sinrazón de su rebeldía.

La prisión, pues, de Morelos fué uno de los triunfos más ilustres conseguidos por los realistas durante el período de la revolución hispano-mexicana: este terrible golpe acabó de desconcertar las esperanzas de los más obstinados. Ya desde este momento tomó la guerra un aspecto menos feroz, á pesar de que algunos de los principales cabecillas permanecieron todavía en su criminal protervia; los que se congregaron en Tehuacan para dar un sucesor á Morelos, no lograron ponerse de acuerdo sobre la elección; y, guiados exclusivamente por su peculiar interés, se dividieron en bandos, habiendo sido el más fuerte el que se declaró por Terán, quien llegó á aprisionar, y aun á amenazar con la muerte, á varios de sus compañeros.

Reunido, pues, el quimérico gobierno bajo la dirección del citado caudillo, tomaron los satélites que lo rodeaban el nombre ruidoso de supremo congreso mexicano, y tuvieron la avilantez de dirigirse á las naciones europeas como legítimos representantes de un pueblo libre.

Esta farsa, sin embargo, no mejoraba de modo alguno la crítica posición de su ilícito empeño; sus expirantes esfuerzos se estrellaban, como siempre, en la bizarría de los realistas; sólo la temeridad más indiscreta y el más rabioso despecho, podían hacer tener las armas en las manos á un puñado de proscritos que, por doquiera que dirigían sus pasos, hallaban la espada vengadora de la justicia. Las tropas del Rey contaban el número de sus triunfos por el de las veces que llegaban á las manos con los últimos restos de aquella feroz revolución.

Así sucedió á las gavillas de Vargas, González, Mauriño y Herrera, que, en número de 500 caballos y 60 infantes, habían tenido el atrevimiento de atacar, á mediados de Noviembre, al destacamento de Tlayacapa, y se

hallaban cometiendo las mayores extorsiones; pero, como hubieran llegado á las manos con el capitán D. Vicente Lara, fueron completamente derrotadas, dejándose en el campo más de 30 muertos, y huyendo toda aquella chusma en la más horrorosa dispersión.

No habían salido menos escarmentados 2.000 facciosos que, pocos días antes, habían tenido la arrogancia de sitiar el pueblo de Tlapa, defendido por una débil guarnición; pues que, atacados por el bizarro Armijo, perdieron más de 200 hombres de sus mejores tropas, si bien su desesperada resistencia obligó á las del Rey á retirarse con 100 hombres puestos fuera de combate.

Ni tuvieron mejor suerte las gavillas que sitiaban al pueblo de Apan, ni las de Espinosa, Osorno, Inclán, Serrano, Vargas y Correa, que fueron batidas en varios encuentros por el sargento mayor D. Juan Rafols, y por el coronel D. Manuel de la Concha. Como una consecuencia de los reveses de los rebeldes, cuyo influjo se extendió por todas partes, entró asimismo el abandono de la terrible fortificación del Puente del Rey, dejando nueve piezas de artillería, una de ellas de á 18, gran porción de municiones, fusiles, morriones y víveres.

Esta azorada retirada fué producida por la alarmante voz de aproximarse las valientes tropas de los brigadieres Daoíz y Miyares, por las que había sido arrollada pocos días antes su caballería en las inmediaciones del rancho del Guaje, así como por el terror que les había infundido el teniente coronel D. José Joaquín Márquez y Donallo, quien, encargado de su persecución por el referido Miyares, se condujo con tanto honor y bizarría, que, causando á los facciosos la pérdida de más de 100 hombres, mereció los mayores elogios del virrey Calleja, y toda su división la más fina gratitud del gobierno y los más honoríficos recuerdos de sus compañeros.

Así se iba desmoronando la causa de la independencia sin que tuviera más apoyo que en el terco y desesperado valor de los cabecillas más comprometidos, quienes ha-

llaban siempre algunos secuaces entre la pillería y hez de las poblaciones, atraídos por el cebo del saqueo. No puede decirse, pues, que estuviera sofocada la revolución á fines del año 1815; pero se habían dado pasos agigantados para lograr este beneficio tan apetecido, como un resultado de los inmensos sacrificios prestados por los que defendían la causa de la razón y de la justicia.